

EL BOTÓN DE PUBLICAR.

Tenía todo listo.

El proyecto estaba construido. Los posts escritos. La identidad visual definida. Solo faltaba picar un botón.

Y no pude.

El miedo no era cualquier mamada. Era muy específico: imaginaba que en el momento en que publicara, las personas cercanas a mí me voltearían a ver. Y verían algo que nunca les había mostrado. Esa parte cruda. Esa parte vulnerable. La que normalmente mantengo guardada con doble candado.

Llevo años usando el mismo mecanismo para no abrirme — tener a mi mejor amigo viviendo lejos ha sido mi pretexto perfecto para no hablar de nada que me hiciera sentir expuesto. Dad Shoes me estaba quitando ese pretexto. Y no le di chance.

Así que inconscientemente, me puse a buscar un pretexto más perro.

Me fui a un viaje largo con mi familia. Durante un trayecto en tren, los niños se quedaron dormidos. Mi esposa me preguntó por qué no lanzaba ya Dad Shoes. Ella lo veía muy simple — un click, nada más, ya estaba todo listo. Y tenía toda la razón del mundo.

Yo me encabroné.

No supe explicarle el pinche miedo que sentía. No porque no quisiera — sino porque yo mismo no lo entendía todavía. Dejamos la conversación por la paz. No íbamos a llegar a nada en ese momento.

Volteamos la mirada cada quien hacia su ventana. El paisaje pasando. Los niños dormidos. Cada quien en su propio silencio, en su propia maceta.

No sé en qué pensaba ella. Yo le daba vueltas a mi enojo, pensando primero que era contra ella, y después dándome cuenta de que estaba enojado conmigo mismo. Ella solo estaba poniendo el dedo en la herida — sin afán de chingar.



Poco después, regresando del viaje, tuve un accidente. Me caí. Una imprudencia. Me operaron de un brazo. Semanas de recuperación, dolor físico, sin poder cargar a mis hijos, entrando y saliendo de callejones emocionales que ya conozco pero que no por conocerlos se hacen más fáciles.

Puse a Dad Shoes en el congelador.

Y yo, en algún lugar muy dentro de mí, sentí alivio.

Porque ya tenía el pretexto perfecto.

Y lo que hace perfecto a un pretexto es esto: logra que ni siquiera pienses en lo que dejaste de hacer. Se borra. Deja de sentirse importante. Desaparece tan bien que casi te convences de que nunca existió.

Diez semanas después, hoy, domingo de películas con los morros, me volvieron las ganas de escribir.

Me senté. Y me di cuenta de algo que no había querido ver:

Todo esto había sido yo, aplicando el ya tradicional autosabotaje, un viejo conocido.

La caída fue real. El dolor fue real. Las semanas difíciles fueron reales.

Pero todo eso hizo que el pretexto se volviera muy real. Y yo lo usé.

Así que aquí estoy. Publicando por primera vez. Con un chingo de miedo todavía – pero haciendo a un lado los pinches pretextos.

Dad Shoes empieza hoy.

——— Tito

